

LA AZUCENA.

REVISTA QUINCENAL

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES,

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.

Esta REVISTA se publica
los días 15 y último de cada mes.
Se remite á la Isla franca de porte.

DIRECTOR PROPIETARIO,
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.
S. Sebastian - 75.
PUERTO-RICO.

Precio de la suscripción.
12 rs. ctes. por trimestre adelantado.
Solo se admite suscripción por trimre.

El Director de "La Azucena" agradece á su apreciable amigo el de "La Prensa" de Mayagüez, la deferencia que ha tenido á bien guardarle al desistir de continuar la publicación de los "Cuentos de Poe" que esta Revista comenzó á insertar despues que aquel periódico. La conducta de la "Prensa" no ha podido ser mas generosa, y "La Azucena" se complace en reconocerlo así. Siempre y en todas partes se ve la punta del guante al caballero.

CARTA DE JULIA A GRACIELA.

Puerto-Rico, Abril 15 de 1875.

Queridísima amiga: Por aquí nada de nuevo ocurre si se exceptúa el *dengue*, enfermedad que en otro tiempo se llamó el *trancaso*, porque no otra cosa parece, dado el dolor de huesos que suele acompañar á este catarro general, epidémico, sostenido por la tenacidad de los vientos nordestes que se olvidan de que estamos en Abril y andan jugando al palo con los pobres moradores de esta Ciudad y sus contornos. Y lo peor no es eso, sino que su convalecencia es mas peligrosa de lo que debiera esperarse como ocasionada á pulmonías fulminantes. Estas no han dejado de producir algunos, aunque pocos, casos desgraciados, entre estos el de una apreciable Señorita generalmente sentida. Ojalá que termine esta incómoda estación sin nuevos pesames y comencemos á gozar de las brisas sanjuaneras que, como benéfico recurso, suavizen la cálida temperatura que se inicia en Mayo.

Así podremos disfrutar mejor de la brillante, aunque corta temporada teatral que se nos anuncia con el próximo regreso de Valero, la inolvidable Salvadora y su apreciable compañía.

A propósito de teatro. Ya sabes que no soy de las personas que hacen alarde de concurrir á él por solo divertirse, como parece haberse hecho de moda de algun tiempo acá.

En nuestra época, en que la mayoría de las gentes la da de preocupada con graves asuntos y trascendentales pensamientos, es cuando parece que la tal mayoría afecta mas estar reñida con todo lo serio y con todo lo que haga sentir y pensar. Lo comun es oír que al teatro va uno á reírse; y yo creo que allí no se va ni á reír ni á llorar, porque ni la risa ni el llanto constituyen el objeto del arte, por mas que sean resultados de algunos de sus efectos.

Yo comprendo que algunas personas que tengan la sensibilidad enferma (lo que no deja de ser bastante raro) se afecten con las emociones dramáticas; pero yo que he padecido de este mal, puedo decir por experiencia, que ni aún así, he renegado de lo que me hacía sentir, ni mucho menos he convenido en asociarme al

gusto frívolo de las personas que van al teatro como irían á un baile: esto es, á ver y á ser vistas, á reír y algunas veces á hacer reír á los demás. Comprendo que para los que no sean artistas de corazón, aquel lugar no pasa de ser un punto de reunion, y lo que allí se representa un espectáculo de pura novedad, moda ó pasatiempo, como un circo de caballos ó como he dicho antes, un baile; pero esta, si es la generalidad, no es afortunadamente la totalidad; y no faltan algunos, aunque pocos, tal vez mas de los que uno cree encontrar en la prosa del mundo, que procurando cultivar y mejorar su gusto artístico, van allí á lo que irían á un museo de bellas artes, á educar el sentimiento de lo bello, á salir de la vida real ó prosáica del mundo y á elevar el espíritu por el contacto con las manifestaciones de la inteligencia y de la belleza.

Estos podrán ser mas felices ó desgraciados que los demas; pero, como dice un escritor célebre, es indudable que están mejor organizados.

También se ha hecho de moda lo de rechazar de la escena, bajo el nombre de terrorífico, todo lo que no sea una frívola comedia de las muchas que hoy se escriben ó alguno de los que con el nombre de dramas, obedecen á cierta manera convencional en que no pocos espíritus superficiales han pretendido basar una nueva arte dramática, en que todo es arte para no lastimar la fibra afectadamente simpática de algunos espectadores, y en que los desgraciados han de ser felices, para que se retire satisfecho la delicada sensibilidad de muchos que en el mundo son de piedra y allí se horripilan contando los muertos ó de cualquiera otra cosa que á esto se parezca. En una palabra: profesan horror, no á lo malo, no á lo de pura sensación, sino á lo trágico en general, porque aún dura en ellos la reacción provocada por la exageración del romanticismo ó porque han oído campanas y..... concluyen por desterar del teatro lo atrevido, lo elevado, lo profundo, dándole el apodo de exagerado, para concretarse á las medias tintas y á lo puramente superficial ó de pasatiempo.

Pero la tragedia es el arte dramática por excelencia y el drama moderno es solo una transacción. La comedia es también el arte, pero en su esfera menos elevada, por cuanto se acerca mas al prosáico realismo: porque es otro error creer que el arte es la copia del mundo; entonces deberíamos convertir los Museos de pintura en galerías fotográficas añadiendo á estas por vía de saliente algunas caricaturas á lo Charivari, Punch, ó Gil Blas.

Y tan es cierto que lo excelente en el arte es lo trágico, que desterar este género sería condenar entre nosotros á Calderon principalmente, en Inglaterra á Shakespeare, en Francia á Racine y á Corneille, en Italia á Alfieri, y en Alemania á Goethe y á Schiller, que es lo mejor de cada teatro, aunque no sean los únicos que constituyan su importancia bajo este aspecto.

Que se aconseje á un autor ó empresario que no pon-

ga lo malo, probándolo por supuesto, pase; pero aconsejarle que destierre lo *terrorífico*, es decir, los dramas, lo trágico, lo serio, por que no gusta al público; es decirle: oiga U. Sr. actor, deje U. de serlo y entréguese á lo que gusta, aunque lo que U. cree que es el arte, se lo lleve el Diablo.

Y tan es así, que á excepcion de algun actor rarísimo, que por carcer de facultades ó por otro motivo particular, ha dado preferencia á la comedia, ¿cuál ha logrado fama universal que no la deba al género trágico? Y conociendo esto ¿qué actor de *genio* no ha preferido lo trágico ó dramático á lo cómico para darse á conocer ó para probar la extension de sus disposiciones y talentos?

Si es entre los extranjeros ¿qué sino las tragedias de Corneille y de Racine, constituyeron el repertorio de una Rachel? ¿En qué funda su renombre una Ristori sino en *Medea*, *Francisca de Rimini*, *Maria Estuardo* y otras obras entre las cuales figura nada menos que el prototipo del romanticismo ó sea *Lucrecia Borgia*, creacion de Víctor Hugo, que en la actualidad representa con aplauso?

¿Cuál es el repertorio de los Salvini, Rosi y otros trágicos italianos que recorren el mundo alcanzando reputacion universal, sino las tragedias de Shakespeare, las de Alfieri, y otros del mismo género?

Y eso en nuestros dias; que si fuésemos á recordar los de antaño, tendríamos un Talma figurando en Francia como trágico y un Garrick en Inglaterra con igual carácter; y entre nosotros, un Maiquez, el intérprete de nuestro gran trágico Calderon, en lo antiguo; y en lo moderno, ya un Latorre que debió á la tragedia su nombradía, ya un Valero, que si ha sido y es celebrado en el otro género, funda su gloria en obras como Luis Onceño, Baltazar y La Carcajada, (produccion deficiente pero que nada tiene de cómica) ahora, y no ha mucho en los Amantes de Teruel, el Trovador y otras de su linage.

El mismo Romeo que, por excepcion debida á su índole particular, se preciaba de haber levantado en España la comedia del abatimiento en que yacía, ¿en qué obras ha fundado su renombre? No es precisamente en el *Hombre de mundo*, en que tenía por émulo al mismo autor de la obra, sino en Gloucester, es decir, en una tragedia y en Sullivan, cuyo 2º acto, que viene á ser el todo en esta produccion, es altamente dramático y sentimental cuando se eleva á la inspiracion que lleva consigo el recuerdo de Hamlet, de Oteló y de Romeo haciendo la apoteosis de aquel género.

En una palabra, sin que pretenda desdeñar la buena comedia de que tambien soy apasionado, reconozco que esta produce una ondulacion reducida á una cuando trate caracteres universales como los de Moliere ó Maratín, al paso que la tragedia es lo sublime como elevacion, lo extraordinario como esfera.

En hora buena que el público varíe de modo de ver y de apreciar por este ú el otro motivo. En la generalidad el gusto obedece á presiones extrañas y va siempre, tanto en las artes como en todo, de reaccion en reaccion; llamando escuela á lo que solo es, la mayor parte de las veces, trasformacion de su manera de sentir, cree que lo último es lo mejor, y es secunaz siempre de la fluctuante moda.

Explicase tambien que muchos autores sigan á la susodicha generalidad, llamando al público, senado, como Calderon, y procediendo con el tema de Lope

*y puesto que las paga, es justo
hablarle en necio para darle gusto;*

pero que periodistas ilustrados y apreciables se hagan eco de lo que gusta al público de una época y punto dados, y porque no guste á aquel lo *terrorífico*, desdeñen el género mas elevado del arte, el serio, es decir, el trágico ó profundamente dramático, sin detenerse á luchar contra una opinion que debe combatirse; me parece que olvidan lo trascendental de su mision, que es la de representar los fueros del arte que no muda. ¿Qué se diría de aquel escritor, que porque á la generalidad pluguiese un vicio, no se parase á condenarlo aun-

que á su vez le condenasen los que como él no piensan?

Bien está que acusen lo *terrorífico* malo, es decir las obras malas bajo el punto de vista del arte; pero por ser *terroríficas*, no me parece propio ni de su mision ni de su buen juicio, que fuera de esto me complazco en reconocer.

En estos dias se ha verificado la inauguracion de la "Casa de Salud de San Luis"—dirigida por el Dr. Tizol. La concurrencia al acto, me dicen que fué numerosa—Galantemente recibida y obsequiada por el Director, ha salido de aquel local celebrando la buena disposicion facultativa, que bajo todos conceptos ofrece este nuevo recurso de los que, al verse sin familia y enfermos, pueden encontrar allí una asistencia esmerada y curativa, con solo haberse hecho de antemano socios de la Casa.

Concluiré comunicándote que la Librería de Gonzalez, cada vez mas esmerada en proporcionar á estos lectores libros de mérito, acaba de recibir la famosa traduccion al francés por Víctor Hugo hijo, de todas las obras de Shakespeare, verdadero tesoro, que no dudo será adquirido por los amantes de las grandes joyas literarias.

Librete Dios de dengues y peledengues.

Tuya siempre affina,

JULIA.

CREPÚSCULOS Y SOMBRAS.

En la soledad del campo,
Sentado sobre una peña,
Sumergido en un mar de pensamientos
Y fúnebres ideas,

Al sol que aquella mañana
Salir por Oriente viera
Esparciendo la vida y el contento
En cielo, mar y tierra;

Contemplé en el Occidente
Terminada su carrera,
Escondiendo su frente entre las nubes
Que su claridad velan.

Sus rojos últimos rayos
Que sobre ellas se reflejan;
Hacen que se asemeje el horizonte
A una gigante hoguera:

El color carmesí y oro
Que por algun tiempo ostentan
Formando tornasoles y cambiantes
Que á quien los ve embobesan,

Poco á poco palidece;
Á desaparecer se empieza;
Hasta que al fin, las sombras que adelantan
En el espacio reinan.

Al mirar ese espectáculo
Lleno de triste belleza,
Una lágrima ardiente mi mejilla
Temblando surcó lenta.

La semejanza mi mente
Á herir vino que presenta
El crepúsculo triste de la tarde,
Con un bien que perdiera.

¡Sí, en un todo semejante
Quiso mi suerte funesta
Que al sol de un bello día mis ensueños
De amor y dicha fueran!

El cielo de mi ilusión
Cruzó en no lejana época
El sol de una esperanza, que la gloria
Soñar me hizo en la tierra.

Este sol tuvo su oriente,
Su zenit, mas.....; suerte fiera!
También su ocaso tuvo y su crepúsculo;
Y luego.....; sombras densas!

Antonio Hernandez Perez.

EL ARROZ.

El tema no puede ser mas prosaico al parecer, por mas que cuando el sol dora sus espigas en los *marjales* que inunda el Júcar ó en las vegas de nuestros campos tropicales, contribuyan aquellas á dar al paisaje el aspecto poético que las demas graníneas, sus hermanas, le prestan ondulando rumorosas al impulso de los vientos.

Por lo demas, una vez segada la espiga y despojando el grano de sus conchitas de oro, allá por la piedra *arrozera* del molino, acá, por el pilón grosero, se muestra en aptitud de satisfacer el apetito, en variadas formas casi todas agradables y sabrosas.

Esponjoso el de regadío y enjuto el de secano; blanco hasta parecer bruñida perla cuando la piedra *arrozera* le ha dado las *cuatro pasas*; moreno y quebrado cuando el pilón mas que pulirle le destroza; de todos modos le encuentra el paladar muy de su gusto. Y ya le engulla grano á grano el chino con la destreza de sus palillos, ó en *bolitas* el indio filipino; ya el tenedor ó la cuchara del europeo le lleve á la boca; siempre habremos de aceptarle como uno de los alimentos mas sanos, nutritivos y capaces de variado condimento.

Planta que Ceres creó para el país cálido, su fácil digestión es la mas apropiada á estómagos en que el calor no tiende á concentrarse como acontece en los climas menos ardientes. Fécula suave que al niño alimenta y no daña al enfermo, es tambien sustancia que la naturaleza humana absorbe por completo, constituyendo en cada grano un átomo animal de que la quiliificación, que enriquece nuestras venas, se muestra avara.

El gastrónomo gusta del arroz en todas partes: ya unido á la leche su hermana en la blancura, perfumado con el polvo de la especie que á Ceilan ha dado fama; ya trocando la canela por el azahar nos regala con el *sanjuanero* manjar blanco.—Ora revive al moribundo en la forma de oloroso *arroz con pollo*; ora le mezola al cerdo ó longaniza el campesino: aquí, la *arrozeta*, constituye á guisa de atol ó de papilla, un sabrosísimo alimento; allá forma la *paella* tradicional del Valenciano, ó bajo el nombre de *risoto* humea en las cocinas y comedores de Venecia y de Milan. En competencia con la *sangría* es el clásico refresco en nuestras, aún no extinguidas, fiestas de Cruz allá por Mayo; y por último ¿en cuál de nuestras mesas no aparece en la simple forma de *arroz-blanco* dispuesto á hermanarse con todas las salsas y á tornar mas sabrosos los demas platos?

Finalmente: buscad su harina en el tocador mas elegante, y la hallareis perfumada y dispuesta á dar suavidad y frescura al mas hermoso cutis.

¿Y cuántas veces no habrá contribuido este hijo de Ceres á *alabastrizaros*; oh bellas! ante la luz del gas nocturno?

Antes pues que desdeñar el arroz, como prosaico, debemos declarar merecedor de nuestro recuerdo lo que desde la infancia hasta la vejez se trueca en parte de nuestra carne, despues de haber regalado nuestro paladar en diversas formas; y que una vez molido y perfumado, contribuye al lucimiento de mas de alguna belleza y á que se dé gato por liebre en mas de una nocturna fiesta.

A. T. y R.

CONTEMPLACION

ARMONÍAS DEL ALMA.

A mi amiga A....

Cuán bellas!! cuán bellas!! allá en Occidente
Se miran las nubes que cercan el Sol,
Yo quiero que hasta ellas se eleve, mi ardiente,
Mi nunca olvidada, felice canción.

Yo quiero que su eco, Sol bello, en la aurora
Te halague; y te lllore perdido en el mar;
Y así cual te siguen, sutil, voladoras,
Las nubes; te siga mi eterno cantar.

Las flores del prado te brindan sus senos,
Bañados de aromas, y rico carmin;
Las aves te ofrecen sus cánticos llenos,
De rimas y notas, de arpegios sin fin.

El valle te ofrece sus plantas, el río
Sus ondas sonoras; los frutos su olor,
El bosque frondoso su seno sombrío,
El mar sus oleajes, la tierra su amor.

Yo tengo en mi canto, Sol bello, las flores,
Las perlas, el río, del cielo la voz,
Yo tengo el ruido, la luz, los colores,
Pues tengo en la mente la esencia de Dios:

Mi alma es, Sol puro, mi ardiente poesía,
Y á tí yo la elevo; que inmensa cual tú
No temas que extrañe, la atmósfera fría,
No temas que extrañe, tu foco de luz.

Es hija de luces, de nieblas, de cielo,
Es hija de flores, de rimas, de amor,
Se mece en las cumbres bañadas de hielo,
Y juega en el cráter que arroja vapor.

Su soplo le dieron los genios del viento,
Su fuerza terrible las trombas del mar;
Las áuras del Cielo su místico acento,
Su trono de luces la Aurora Boreal.

Sus perlas los mares; su sed el desierto;
Sus aguas las fuentes; su risa el placer,
Las hojas del bosque su eterno concierto,
La esencia, el perfume; la llama su arder:

El polo sus nieves que eternas sombrean,
El trópico ardiente, su intenso calor;
Las lindas abejas la miel que gotean;
La copa de acibar el negro dolor.

No temas, no temas que tiemble ó vacile,
Al ver de tu llama el vívido hervir;
La luz que alimenta; fluctúe ó vacile,
No puede, Sol bello; no puede morir.

INVOCACION

Á LA TARDE.

Deten, tarde, las sombras,
Que pueda contemplarte,
Y entre tus velos diáfanos mirarte
Bañada de esplendor.

No te alejes tan presto,
Vé tarda y perezosa,
Coqueta recogiendo
Con calma voluptuosa,
Tu vívido fulgor.

Deja que negra noche,
Espero oculta en cortinaje denso,
Hasta que pueda su dosel inmenso,
En la tierra tender:

Yo la quiero también;
Pero á tí, tarde, mucho mas te adoro,
Porque tú de recuerdos un tesoro,
Me traes con placer:

Las noches son muy dulces,
Pero las tardes son, dulces y bellas;
Ellas tienen ejércitos de estrellas,
Y las tardes colores del Eden:

La tarde es la esperanza;
La noche triste; realidad sombría,
¡Mas ay!! tras de la noche viene el día;
Ven!! dulce noche, ven!!.....

RESÚMEN.

Contemplando en el espacio,
En dulce recogimiento,
La tarde que con la noche,
Lucha en callado misterio;

Viendo ráfagas de luz,
Entre las sombras perdidas,
Flores de oro que se ocultan,
En velos de nieblas frías.

Le pregunté á mi razón,
Cual faro que alumbra el alma:
¿Di qué lucha es mas terrible?
¿La que en el Cielo miraba?

¿O la que tengo aquí siempre
Sangrienta sin tregua alguna?
¿La tuya con mis delirios?
¿La tuya con mis venturas?

Para la noche y la tarde
Hay que el cielo dora
Y se interpone cual valla
Entre crepúsculo y sombras.

Para mí no existe el día:
Solo tiene mi esperanza
Una tarde que se muere,
Y una noche, que la mata.

FIDELA M. DE R.

Puerto-Rico, Febrero de 1875.

DOBLE ASESINATO.

CUENTO DE EDGARDO POE.

¿Qué canción cantaban las sirenas?
¿Qué nombre era el de Aquiles cuando
se ocultaba entre las mujeres? —
preguntas son estas difíciles de ser
contestadas; pero no traspasan los
límites de las conjeturas.

Sir Tomas Browne.

Las facultades del espíritu, que suelen ser definidas por el término *analítico*, son en sí mismas muy poco susceptibles de análisis, pues solo las apreciamos por sus resultados. Lo que sabemos, entre otras cosas, es que para el que las posee en grado extraordinario son un manantial de vivísimas fruiciones. A la manera que el hombre robusto celebra su aptitud física y se complace en ejercicios que provocan los músculos á la acción, así el analizador va á buscar su gloria en la actividad del

espíritu cuya función es desembrollar, y le divierten las ocasiones mas triviales que ponen en juego su talento. Tiene pasión loca por las charadas, enigmas y geroglíficos; despliega en cada solución un poder de perspicacia que en presencia de la opinión del Vulgo toma un carácter sobrenatural: los resultados, hábilmente deducidos, por el alma misma y la esencia de su método, tienen realmente todas las apariencias de una intuición.

Esa facultad de *resolución* saca tal vez grandes fuerzas del estudio de las matemáticas y particularmente de la rama muy alta de la ciencia que, con mucha impropiedad y sencillamente en razón de sus operaciones retrógradas, ha sido llamada análisis por excelencia, cuando en suma todo cálculo no es mas que un análisis. Un jugador de ajedrez, por ejemplo, hace muy bien lo uno sin lo otro. De aquí se deduce que el juego de ajedrez, en sus efectos con relación á la naturaleza espiritual, está muy mal apreciado. No intento escribir ahora un tratado de análisis, sino encabezar una narración bastante singular con algunas observaciones hechas como por descuido y que le servirán de prefacio.

Trato de proclamar con este motivo que el alto poder de la reflexión es explotado mas activamente y con mayor resultado por el modesto juego de damas que por toda la laboriosa futilidad del ajedrez.

En este último juego en que todas las piezas están dotadas de movimientos distintos y extraños, y representan valores diversos y variados, se toma la complejidad — error muy comun — por profundidad. La atención se pone en juego con vigor. Si se descuida un instante, se comete un error del cual resulta una pérdida ó derrota. Como los movimientos posibles son no solo variados sino desiguales en *potencias*, las suertes de semejantes errores son muy multiplicadas, y en nueve casos sobre diez, no es el jugador mas hábil el que gana, sino el que mas atento estuvo al juego. No así en las damas, en que el movimiento es simple en su especie y sufre escasas variaciones, y por consiguiente las probabilidades de inadvertencia son muchas menos, al paso que no hallándose la atención absoluta y enteramente estancada, todas las ventajas reportadas por cada uno de los jugadores solo pueden ser debidas á una perspicacia superior.

Para no seguir adelante en estas abstracciones, supongamos un juego de damas en que la totalidad de las piezas esté reducida á cuatro *damas* y no haya que temer los descuidos. Es evidente que en este caso la victoria no puede decidirse (hallándose iguales ámbas partes) sino por una táctica hábil, resultado de algun poderoso esfuerzo de entendimiento. Privado de los recursos ordinarios, el analizador entra en el espíritu de su adversario, se identifica con él y á veces descubre de una sola ojeada el único medio, medio muchas veces absurdamente sencillo, de atraerle á una falta ó de precipitarle en un falso cálculo.

Durante mucho tiempo se ha citado el wisth por su acción sobre la facultad del cálculo, y hombres de elevada inteligencia se ha visto que parecían hallar en este juego un placer incomprensible, y desdeñaban el ajedrez como cosa frívola. En efecto, no hay otro juego análogo que haga trabajar mas la facultad del análisis. El mejor jugador de ajedrez de la Cristiandad no puede ser mas que el mejor jugador de ajedrez; al paso que la fuerza en el wisth implica el poder de salir airoso en todas las especulaciones mucho mas importantes, en las cuales el espíritu lucha con el espíritu.

Cuando digo fuerza, entiendo esa perfección en el juego que comprende la inteligencia de todos los casos de que podemos aprovecharnos legítimamente. Son no solo diversos sino tambien complejos, y se ocultan muchas veces en las profundidades del pensamiento, absolutamente inaccesibles á una inteligencia ordinaria.

Observar atentamente es hacer memoria con distinción, y bajo este punto de vista el jugador de ajedrez, capaz de una atención muy intensa, jugará bien el wisth, pues las reglas de Hoyle, basadas en el simple mecanismo del juego, son fácil y generalmente inteligibles.

Tener memoria fiel y proceder según el libro, son puntos que constituyen por lo vulgar el *sumum* de jugar bien; pero el talento del análisis se manifiesta en los casos que se hallan fuera de la regla. Sus adversarios hacen quizá otro tanto, y la diferencia de extensión en las luces así adquiridas no estriba tanto en la validez de la deducción, como en la cualidad de la observación. Lo importante, lo principal es saber lo que conviene observar. Nuestro jugador no se limita á su juego, y por más que este sea el objeto actual de su atención, no por esto rechaza las deducciones que nacen de objetos extraños al juego. Examina la fisonomía de su adversario; la compara detenidamente con la de los otros jugadores; considera el modo como cada uno de estos distribuye sus naipes; cuenta muchas veces, gracias á las miradas que dejan escapar los jugadores satisfechos, los triunfos y los honores uno á uno. Observa cada movimiento de la fisonomía á medida que avanza el juego y recoge un capital de pensamientos en las expresiones variadas de certeza, de sorpresa, de triunfo ó mal humor. En el modo de recoger una baza, adivina si la misma persona puede hacer otra en seguida; conoce lo que acaban de jugar por el aire con que se ha echado sobre la mesa. Una palabra accidental, involuntaria, un naipé que cae, ó que vuelve por casualidad, que es recogido con ansia ó con indiferencia; la cuenta de las bazas y el orden como están arregladas, el embarazo, la vacilación, la viveza, la trepidación, todo es para él síntomas, diagnósticos, todo comunica á aquella percepción, intuitiva en apariencia, el verdadero estado de las cosas. Cuando los jugadores han jugado dos ó tres veces, sabe ya á fondo el juego que hay en cada mano y puede desde entonces jugar sus naipes con perfecto conocimiento de causa, como si sus adversarios le pusieran de manifiesto los suyos.

No debe confundirse la facultad de análisis con la simple ingeniosidad, pues mientras que el analizador es necesariamente ingenioso, sucede muchas veces que el hombre ingenioso es absolutamente incapaz de análisis. La facultad de combinación ó constructividad por la cual se manifiesta generalmente esa ingeniosidad y á la cual los frenólogos — equivocadamente en mi concepto — asignan un órgano aparte suponiendo que sea una facultad primordial, ha aparecido en algunos seres cuya inteligencia era limítrofe de la idiotéz, con mucha frecuencia, para llamar la atención general de los escritores psicólogos. Entre la ingeniosidad y la aptitud analítica hay una diferencia mayor que entre la imaginación y la ingeniosidad; pero de un carácter rigurosamente análogo. En suma, se verá que el hombre ingenioso está lleno siempre de imaginativa, y el hombre verdaderamente imaginativo nunca es otra cosa que un analizador.

La siguiente narración será para el lector un luminoso comentario de las proposiciones que acabo de adelantar.

Durante la primavera y parte del verano de 18... vivía yo en París, donde conocí á un sujeto llamado C. Augusto Dupin. Este joven pertenecía á una excelente familia, ilustre además; pero por una serie de desagradables sucesos se halló reducido á una pobreza tal, que la energía de su carácter hubo de sucumbir y cesó en su empeño de no retirarse del mundo y de ocuparse del restablecimiento de su fortuna.

Gracias á la cortesía de sus acreedores, quedó en posesión de un pequeño resto de su patrimonio, y con la renta que le producía halló medio, economizando rigurosamente, de hacer frente á las necesidades de la vida, sin pensar en las superfluidades. Solo los libros constituían verdaderamente su lujo, y en París es fácil procurárselos.

Nos vimos por primera vez en un oscuro gabinete de lectura de la calle de Montmartre, mientras buscábamos los dos un libro tan notable como raro, coincidencia que dió origen á nuestro conocimiento. Desde entonces nos vimos con mucha frecuencia é interesámonos profundamente su íntima historia de familia, que me re-

refirió minuciosamente con aquel candor y abandono, con aquel sin cumplimientos del *yo*, tan propios de todo francés cuando habla de sus negocios. Dejéme maravillado lo mucho que había leído; pero lo que más me embelesó fué el extremo calor y la vital frescura de su imaginación. Buscando yo en París algunos objetos que formaban mi único estudio, ví que la compañía de aquel hombre sería para mí un tesoro inapreciable y desde entonces me entregué á él con toda franqueza.

Decidimos, finalmente, vivir juntos todo el tiempo de mi residencia en París, y como mis asuntos no estaban tan embrollados como los suyos, me encargué de alquilar y amueblar, en estilo apropiado á la melancolía fantástica de nuestros dos caracteres, una casita antigua y extraña, que supersticiones, que ni nos dignamos averiguar, habían dejado desierta, medio arruinada y sita en un punto retirado y solitario del barrio de San Germina.

Si el mundo hubiese tenido conocimiento de la rutina de nuestra vida en aquel sitio, hubiéramos pasado por dos locos, quizás por locos, inofensivos. Nuestra reclusión era completa; no recibíamos visita alguna. El lugar de nuestro retiro era un secreto, que guardábamos cuidadosamente, para mis antiguas camaradas, y hacía muchos años que Dupin había cesado de ver gente, y de presentarse en París. Solo vivíamos entre nosotros.

Mi amigo tenía una extravagancia — no sé cómo definiría — tal era su amor á la noche por amor á la noche; la noche era su pasión, y yo mismo di también en esa extravagancia como en todas las demás que le eran propias, dejándome arrastrar con un perfecto abandono por la corriente de todas sus originalidades.

La negra divinidad no podía permanecer siempre con nosotros; pero nosotros la falsificábamos. Al primer albor del día cerrábamos todos los macizos postigos de nuestra morada, encendíamos un par de bujías fuertemente perfumadas que solo despedían una luz muy débil y muy pálida. En el seno de aquella escasa claridad, entregábamos nuestras almas á sus meditaciones, leíamos, escribíamos ó hablábamos hasta que el reloj nos anunciaba la vuelta de la verdadera oscuridad. Entonces nos escapábamos al través de las calles, de bracería, prosiguiendo la conversación del día, rodando hasta hora muy avanzada, y buscando al través de las luces desordenadas y de las tinieblas de la populosa ciudad, esas innumerables existencias espirituales que el estudio tranquilo no puede ofrecer.

En estas ocasiones no me era posible dejar de observar y admirar una aptitud analizadora particular en Dupin, si bien la rica idealidad de que estaba dotado hubiera debido prepararme á ello. Parecía que recibía una acre delicia en ejercerla, quizás también en violentarla, y confesaba ingenuamente el placer que le causaba. Decíame con una risita muy franca, que muchos hombres tenían para él una ventana abierta en el sitio del corazón, y por lo regular acompañaba este aserto con pruebas inmediatas y de las más sorprendentes, sacadas de un conocimiento profundo de mi propia persona.

En aquellos momentos sus maneras eran glaciales y distraídas; sus ojos miraban en el vacío, y sin embargo su voz, rica voz de tenor, habitualmente por la sonora parecía de tiple, de modo que se la hubieran atribuido á petulancia sin la absoluta deliberación de su hablar y la certeza perfecta del aserto. Observábale en esas ocasiones y solía pensar en la antigua filosofía *del alma doble*; me divertía la idea de un doble Dupin, un Dupin creador y un Dupin analizador.

No se vaya á creer por lo que acabo de decir que me propongo aclarar un gran misterio ó escribir una novela. Lo que noté en aquel singular francés era simplemente el resultado de una inteligencia sobrecitada, enferma tal vez; pero un ejemplo dará una idea mejor de la naturaleza de sus observaciones en la época de que se trata.

Una noche recorriamos una calle sucia, inmediata al Palacio-Real; entrambos nos hallábamos reunidos

en nuestros propios pensamientos, en apariencia á lo menos, y hacia un cuarto de hora que no habíamos pronunciado una sílaba, cuando de repente Dupin, profirió estas palabras:

— No hay duda es muchacho de estatura baja y estaría mejor en el teatro de Variedades.

— Nada mas cierto, repliqué sin pensar en ello y sin sorprenderme, tan distraído andaba yo, el modo singular con que el interruptor adoptaba sus palabras á mis propias reflexiones. Un momento despues volví en mí, y mi asombro fué profundo.

— Dupin, le dije con mucha gravedad, acaba de suceder una cosa que no alcanzo á comprender. Os confieso sin rodeos que estoy estupefacto y que apenas me atrevo á dar crédito á mis sentidos. ¿Cómo habeis adivinado que estaba yo pensando en...? Y me detuve para asegurarme de que realmente había adivinado mi pensamiento.

— ¿En Chantilly? dijo, ¿porqué interrumpiros? os estabais acordando de que lo bajo de su estatura no le permite representar tragedias.

Esto era precisamente lo que constituía el objeto de mis reflexiones. Chantilly era un ex-zapatero de viejo de la calle de San Dionisio, que tenía la rabia del teatro y había empezado por representar el papel de Xerjes, en la tragedia de Crebillon; sus risibles pretensiones movían á que todos se burlasen de él.

— Decidme por amor de Dios el método, si es que hay método, con cuya ayuda habeis podido penetrar mi alma en el caso actual.

En realidad yo estaba mas confuso de lo que hubiera querido confesar.

— El frutero, repuso mi amigo, es quien os ha llevado á la conclusion de que el zapatero no es bastante alto para representar el papel de Xerjes y los demas de igual género.

— ¿El frutero? ¿me habeis asombrado? no conozco frutero alguno.

— Me refiero al hombre que se echó contra vos cuando entráramos en esta calle, hace un cuarto de hora.

Entonces me acordé de que en efecto un frutero que iba cargado con un gran cesto de manzanas, estuvo á punto de derribarme cuando pasábamos de la calle de C... á la arteria principal en donde nos hallábamos.

— ¿Pero qué relacion tenía esto con Chantilly? Érame imposible darme razon de ello.

En mi amigo Dupin no había un átomo de charlataneria.

— Voy á explicarlo, dijo, y para que podais comprenderlo muy claramente, recorreremos la serie de vuestras reflexiones desde el momento de que os hablo hasta el encuentro del frutero en cuestion. Los principales eslabones de la cadena están enlazados por el órden siguiente: *Chantilly, Orion, el doctor Nichols, Epicuro, la estereotomia, el suelo, el frutero.*

Pocas son las personas que no se hayan divertido en un momento ú otro de su vida en recorrer el curso de sus ideas, averiguando porqué vías ha llegado su espíritu á ciertas conclusiones. Esta ocupacion no carece amenudo de interés, y el que la ensaya por vez primera se admira de la incoherencia y de la distancia inmensa en apariencia, entre el punto de partida y el de llegada.

Considérese cual sería mi asombro al oír á mi francés hablar de esta suerte y la necesidad en que me ví de confesar que acababa de decir la pura verdad.

Dupin prosiguió:

— Si no me engaño, hablábamos de caballos al dejar la calle de C... esto fué nuestro último tema de conversacion. Al entrar en esta calle, un frutero cargado con un gran cesto pasó por delante de nosotros á toda prisa y os arrojó contra unas piedras amontonadas en un punto en que están recomponiendo las calles. Pusisteis el pié encima de una piedra que se movía; resbalásteis, casi caísteis; murmurásteis algunas palabras, os volvísteis para mirar el monton de piedras y luego habeis con-

tinuado vuestro camino en silencio. Lo que haciais no era lo que llamaba absolutamente mi atencion; pero para mí la observacion ha degenerado hace mucho tiempo en una especie de necesidad.

Habeis fijado los ojos en tierra, observando con una especie de irritacion los agujeros y los hoyos del piso de modo que no me cabía duda que seguíais pensando en las piedras hasta que hemos llegado al pasaje llamado de Lamartine, en donde se acababa de hacer un ensayo del pavimento de madera; esto es, de unos leños sólidamente unidos. Allí se ha iluminado vuestra fisonomía, os he visto mover los labios y he creído adivinar que murmurábais la palabra *Estereotomia*, palabra aplicada muy juetanciosamente al citado género de pavimento.

Sabía que no podiais pronunciar esta palabra sin ser inducido á pensar en los átomos, y de estos en las teorías de Epicuro; y como en la discusion que tuvimos hace poco tiempo acerca de este particular, os había hecho observar que las vagas conjeturas del ilustre griego habían sido singularmente confirmadas, sin que nadie se apercibiera de ello, por las últimas teorías relativas á las nebulosas y recientes descubrimientos cosmogónicos, sentí que no podríais menos de volver los ojos á la grande y nebulosa Orion, y no me engaño. Entonces estuve cierto de haber dado extrictamente con vuestras reflexiones.

Luego, como en la amarga crítica que respecto á Chantilly apareció ayer en el Museo, el escritor satírico al aludir desfavorablemente al cambio de nombre del zapatero cuando calzóse el coturno, citaba un verso latino del cual nos hemos ocupado varias veces, me refiero al verso:

Perdidit antiquum littera prima sonum.

os dije que aludía á Orion que en un principio se escribió *Úrion*; con motivo de cierta acrimonia de que estuvo acompañada aquella discusion, estaba yo seguro de que no la habíais olvidado. Desde entonces era evidente que ibais á asociar las dos ideas de Orion y de Chantilly, y adiviné esta asociacion de ideas al ver el *estilo* de la sonrisa que se asomó á vuestros lábios. Pensábais en la inmolacion del pobre zapatero.

Hasta entonces habíais caminado encorvado y en seguida observé que os erguíais todo lo posible. No me cabía ya duda de que pensábais en la pequeña estatura de Chantilly. En aquel momento interrumpí vuestras reflexiones para haceros notar que Chantilly era en efecto algo raquítico y que haría mejor en representar en el teatro de Variedades.

Algun tiempo despues de esta conversacion, recorrimos la edicion de la tarde de la *Gaceta de los tribunales*, cuando llamaron nuestra atencion los siguientes párrafos:

Doble asesinato de los mas singulares.—A cosa de las tres de la madrugada del día de hoy, los vecinos del barrio de San Roque han despertado al sonido de gritos horribles, procedentes al parecer, del cuarto piso de una casa de la calle de Morgue, ocupado únicamente por una señora llamada Espanaye, y su hija la Srta. Camila. Despues de alguna tardanza debida á los esfuerzos infructuosos para que abrieran sin estrépito la puerta, esta fué derribada por una palanca, y ocho ó diez vecinos entraron acompañados de dos gendarmes.

Los gritos habían cesado; pero en el momento en que los vecinos llegaban presurosos al primer piso, oyéronse dos voces que parecían disputar con violencia y venían de la parte superior de la casa. Al llegar al segundo piso, el ruido cesó de nuevo y todo quedó tranquilo. Los vecinos se dispersaron por las varias habitaciones, y al llegar al último piso, derribaron la puerta que estaba cerrada con la llave echada por la parte interior, y se encontraron enfrente de un espectáculo que hirió de terror y de sorpresa á todos los asistentes.

El cuarto se hallaba en el desórden mas extraño; rotos los muebles y dispersos en todas direcciones; los colchones de la única cama, habían sido arrancados de ella y echados en medio del aposento. Encima de una silla se encontró una navaja de afeitar teñida de sangre; en el hogar tres largos y gruesos

bucles de pelos gris que al parecer habían sido arrancados violentamente con sus raíces. Había en el anillo cuatro monedas de cinco francos, un pendiente adornado con un topacio, tres cucharas grandes de plata, otras tres mas pequeñas de metal de Argel, y dos paquetes que contenían unos cuatro mil francos en oro. Los cajones de una cómoda se hallaban abiertos en un rincón y aun cuando parecía que habían sido saqueados se encontraban en ellos algunos objetos intactos. Debajo de un colchón, había un cofrecito de hierro, abierto, con la llave en la cerradura, y que solo contenía algunas cartas antiguas y varios papeles sin importancia.

(Continuará.)

LEONARDO EL COCHERO.

NOVELA EN SIETE VIAGES POR PARIS.

QUINTO VIAGE.

El Inglés.—Metamorfosis.—Un lecho de muerte.

(Continuación.)

Ya nada le quedaba que hacer á nuestro viajero, sino anunciar á aquellas su resolución, su marcha y las ofertas generosas de su amo; pero le faltaba valor para ello, porque sabía que las pobres mujeres iban á llorar mucho al recibir esta buena noticia.

No queriendo volverlas á ver, tenía por precisión que escribirlas. Así lo hizo.

El mismo día recibió una carta de Julieta que le anunciaba que su madre estaba enferma y quería verle. Leonardo dió á todos los diablos el Africa y la América y aquella misma noche se puso en camino para París.

Cuando se halló en la calle del Cuadrante, su emoción fué tal, que apenas pudo reconocer la entrada de aquella callejuela que le era tan familiar; su vista se turbó, sus piernas no podían sostenerle al subir aquella escalera que había subido tantas veces, un ruido sordo vibraba en sus oídos. Habiendo llegado al cuarto piso, se puso á esnechar y creyó oír voces y risas; tranquilizándose con esto pensando que su madre solo tendría una leve indisposición y que Julieta se habría alarmado sin motivo.

La puerta estaba entreabierta, empujóla y entró. La morada de la viuda Toureau se componía de dos piezas, Leonardo se encontró solo en la primera, escuchó de nuevo y nada oyó. Poco despues una voz llegó á sus oídos; pero una voz desconocida, creyó haber equivocado el cuarto, miró al rededor de la habitación y vió que le faltaba su principal adorno, su propio retrato dibujado por Julieta.

Mientras que Leonardo permanecía así indeciso sin saber que hacer, un hombre salió de la pieza interior; un sacerdote. Leonardo se arrojó á su aposento; su madre estaba moribunda, y aquellas voces, aquellas risas comprimidas que había oído, eran oraciones y sollozos.

Al verlo la buena vieja pareció reanimarse.

—¡Ah! ya estás ahí, Leonardo? Alabado sea Dios; él es quien te envía para recompensarme, por haber pensado en él al pensar en tí; pero ya creía que solo podía despedirme de tu imagen y no de tí.

Leonardo observó entonces que su retrato descolgado de la pared de la primera pieza, había sido colocado al pié del lecho de la enferma, enfrente de ella. El buen hombre hizo un esfuerzo para articular algunas palabras.

—Todo lo que puedes decirme, lo sé, continuó madame Toureau interrumpiéndole, déjame hablar mientras me queden fuerzas para ello.

Despues una sonrisa asomó á los labios pálidos y delgados de la enferma, y mostrándole con la mano á Julieta, arrodillada y llorando en un rincón, le dijo.

—Traémela, porque tengo que hablar con ámbos. Leonardo la miró fijamente con aire de inquietud y duda.

Haz lo que te digo, muchacho, los momentos son preciosos y no quiero dejaros sin haber asegurado vuestra felicidad.

—¡Madre mía! ¡madre mía! exclamó Leonardo, pensemos en vos, en vos sola.

—¡Ah! dijo la pobre mujer, sonriendo nuevamente, pero con grandes esfuerzos, y reconviniéndole dulcemente. Por esta vez me escucharás sin desmentirme. Tú la amas, Leonardo, bien lo sé, no me equivoco; además lo he conocido; pero si no lo arreglara todo antes de morir no serías capaz de decirle una palabra; y sin embargo no es ella la que debe empezar.

—¡Callad! buena madre, dijo Leonardo en voz baja arrodillándose al pié de su cama; ¡que no os oiga!

Aunque no me oyera, querido hijo, ella comprendería lo que yo te digo en este momento; porque sabe muy bien tu nena, cual es el único pensamiento que me ocupa hace mas de un año. Ven, hija mía, miquerida nena.

Leonardo se estremeció á este nombre, y con aire de súplica hizo señá á su madre de que no insistiera; pero esta no hizo el menor caso y trató, aunque en vano, de sentarse en la cama.

—Ven, continuó la enferma, porque él no quiere ir á buscarte. Julieta, pálida como la muerte, y derramando un torrente de lágrimas, se acercó á la cama y se arrodilló junto á Leonardo.

Éste no se había aún atrevido á mirarla; estaba temblando y solo dirigía la vista á su madre, temiendo leer en las facciones de Julieta un solemne méntis á la voluntad perseverante de la pobre vieja.

La moribunda tomó las manos de ámbos entre las suyas, y les dijo:

—Hijos míos; tan pronto como deje de existir, ámbos, por cariño, de buena voluntad, sereis marido y mujer. Muchacho, sé que ella es demasiado jóven todavía para casarse; pero dentro de un año, de dos tal vez, se hará la ceremonia. Entre tanto tú serás su padre, su amigo. Juradme, pues, que desde hoy os consideraréis como unidos el uno al otro.

Julieta fué la primera que alzando la mano exclamó:

Lo juro.

Leonardo cogió aquella mano en un transporte de alegría y felicidad, diciendo.

—Sí, madre mía, sí, os lo juramos. Sí, pero que Julieta será mi mujer como ahora es mi hija querida; juro hacerla feliz; reemplazaros para con ella, velar sobre ella como sobre mi hija, sobre mi bien, mi solo bien y por toda mi vida.

En seguida levantándose, se atrevió á mirar por primera vez á Julieta, que fijaba en él sus ojos con una mirada llena de ternura, la atrajo á sus brazos, la estrechó contra su corazón, y cuando despues se volvió hacia su madre lanzó un grito terrible.

Mientras que su hijo se entregaba á los excesos de su alegría y ventura, la pobre vieja había exhalado el último aliento.

Al acabar de contarme este nuevo capítulo de su historia, Leonardo, detuvo su caballo, bajó la tapa de su cabriolé, y me dijo.

—Ya estais en vuestra casa, caballero.

¡Ya! le contesté yo, añadiendo como por via de lástima.

—¡Pobre Leonardo! la muerte de vuestra madre ha debido ser para vos un pesar bien grande.

—¡Oh, si no fuera mas que eso! me respondió con una mirada y un aire que parecían desafiar al destino. Puesto que hemos empezado, aún me queda algo que deciros. Tenemos todavía para dos largos viages. Ya vereis que la muerte de mi madre fué tal vez el golpe menos sensible que me deparaba la suerte, porque al fin, este acontecimiento debía suceder tarde ó temprano y tengo que contaros otros, cuya posibilidad vos misma

no podríais imaginar. Hasta mañana, caballero.

—Adios, Leonardo: no dejes de venir á buscarme para llevarme al palacio de justicia. Adios.

SEXTO VIAGE.

Alojamiento para dos.—Un amor heroico.—Drama en cabriolé.

Al día siguiente, según teníamos convenido, Leonardo vino á buscarme por la mañana temprano para conducirme de nuevo al palacio de Justicia á donde mi condicion de jurado debía llevarme ocho días mas todavía.

No pretendo atacar la institucion del jurado, ni la de la guardia nacional; ¡no lo quiera el cielo! pero ámbas imponen duras obligaciones á muchas pobres gentes, que son á pesar suyo, malos soldados y malos jueces; los primeros durante las horas del servicio militar sienten frío, dan patadas en el suelo, meneando los hombros y las caderas, llevando la gorra de pelo con la gracia y la resignacion que los muchachos de la escuela la coraza con que los esponen á la vergüenza, y piensan mucho mas en el tiempo precioso que están perdiendo que en su consigna; los segundos en su silla curial, aletargados con un rupo corporal de que no tienen costumbre, narcotizados con la elocuencia vaporosa de los señores del tribunal, á la que no están habituados, ponen la mayor atencion en tener los ojos abiertos, mientras que duermen interiormente, ó á veces sufren tantos tormentos morales como el acusado, cuya suerte van á decidir.

Uno de mis compañeros de infortunio en el Tribunal territorial me decía:

—Caballero, mi última guardia me valió un refriado que me tuvo tres semanas en cama. Al levantarme supe que había sido nombrado jurado, por cuya circunstancia tengo que añadir quince días mas al tiempo ya perdido. Ignoro si es esta la manera con que se consigue la libertad, pero sé muy bien que no gozo de la mia. Parece que el medio de contentar á todos con la libertad en general, es privar á cada uno de la suya particular.

—En este asunto soy de la misma opinion, le contesté.

—Yo soy comerciante, continuó, y temo mucho que mis negocios sufran extraordinariamente con mi guardia y con mi quincena de judicatura.

—Yo soy un hombre de letras, autor dramático, y como tal tengo algo de comerciante tambien, y esperimento los mismos temores.

—Yo tengo cuentas que arreglar, entradas, cobranzas que hacer, obreros que dirigir, escrituras que poner en orden, una rivalidad formidable que sostener. ¿Qué medios hay para llenar tantas obligaciones? añadió mi compañero de esclavitud.

—Y yo trabajos literarios que continuar, ensayos que dirigir, pruebas que corregir, cajistas, libreros, directores que satisfacer. ¡Cómo salir bien de todo esto!

—Creo añadió mi comerciante para terminar la conversacion, que la guardia nacional y el jurado entran por mucho en el número inmenso de quiebras que se multiplican de día en día.

Y lanzó un suspiro.

—Y en la no menos grande cantidad de libros que abortan y piezas teatrales que sucumben, le contesté yo suspirando mas fuerte que él.

Volvamos á Leonardo.

En el primer momento de dolor causado por la muerte de Mme. Toureau, ni Julieta ni él pensaron en vivir de distinta manera que anteriormente. Leonardo ocupaba la primera pieza y Julieta la segunda, la de la diestra, pareciendo como si la pobre mujer estuviera allí para salvar todo lo que esta situacion podia tener de peligrosa y de irregular. Digamos francamente tambien que una razon de economía obligaba á los dos huérfanos á vivir juntos.

Lo que forzaba á nuestro amigo y á su pupila á cer-

rar los ojos á las graves consideraciones *del qué dirán*, era sobre todo que el término del alquiler había ya empezado, y era menester concluirlo, bajo la pena de cargar con dos alojamientos. En la clase á que pertenece Leonardo las cuestiones morales ceden ante las cuestiones positivas.

—Yo no tengo ya familia, se decía cuando entraba en materia con su propia conciencia; ¿y á quién confiaré á Julieta? á personas extrañas? ¡Vaya! ¿puedo separarme de ella?... ¡imposible!... Además, ¿no debemos llegar á ser marido y mujer, y considerarnos casi como tales desde este momento?... Mi madre fué quien lo dispuso, y la voluntad de los moribundos es sagrada.

Sin embargo, durante el primer mes pareció volver á representar con Julieta su papel de padre. Si acaso suspiraba al mirarla, era porque pensaba en lo que ámbos acababan de perder; si la estrechaba en sus brazos, era para confundir sus lágrimas, y si besaba sus ojos, era para enjugar las que se desprendían de ellos.

Apenas pasó el mes, Leonardo sintió renacer su amor como el fuego bajo la ceniza que lo ha comprimido sin apagarlo. Llegó el momento en que calentándose las mismas cenizas, dejan paso á las llamas y pronto, si la chimenea tiene menos brillo, da tal vez mas calor.

Dos penas que se confundan bastan quizá á engendrar una pasion. Juzgad, pues, cuando la pasion existe ya imperiosa y tenaz, mas enérgica aún con los esfuerzos que se han hecho para contenerla.

Por la mañana, Leonardo se levantaba ántes de amanecer á fin de cuidar de su caballo y tomar su puesto con el cabriolé, porque había vuelto á su antigua profesion; pero ántes de salir de casa iba cotidianamente á dar un beso á Julieta en la cama y á convenir con ella en la hora en que podrían verse durante el día. Ordinariamente hallaba medio de venir á buscarla á eso de las diez para llevarla á la fábrica donde había entrado últimamente en calidad de aprendiz de pintura en porcelana.

En esto únicamente habían terminado por entonces las magníficas y brillantes esperanzas concebidas por su carrera artística.

Sin embargo, ganaba algun dinero que Leonardo le cedía generosamente para los gastos de vestido, haciéndose un honor en pagar por sí solo los de casa y mantenimiento.

Por la noche cuando entraba, cenaba con ella, teniendo algunas veces que leerle la novela de moda por via de postre; y cuando se trataba de amor, cuando llegaba á una de esas escenas apasionadas, que se encuentran en todas las novelas, la voz del lector temblaba y perdía su fuerza, y miraba á la jóven con ojos de los que parecían salir chispas, pero Julieta no se asustaba por tan poco. Atribuyendo la alteracion de la voz de Leonardo solo al cansancio de la lectura, le invitaba á cerrar el libro, ó acercándose á él y apoyando negligentemente el brazo sobre su hombro, queria leer á su vez, y las situaciones mas vivas, las expresiones mas animadas, las metáforas mas elegantes, parecían perder su interés, y heladas desaparecían con su lectura lenta y tranquila. ¿Cómo podria expresar con fuerza, con pasion, sentimientos que aún no había experimentado, transportes que no había sentido aún? No es esto decir que el corazon de Julieta fuese insensible á las grandes emociones; muy léjos de eso; sino que hasta ahora no había conocido lo que era el amor; el volcan dormia bajo la nieve, su corazon no tenia deseos, ni palpitaba sino por la amistad, el reconocimiento, la gratitud. ¡Oh! entónces, pero solamente entónces, su voz era apasionada, su frente se erguia, sus hermosos ojos negros se animaban, y en sus megillas, ligeramente pálidas, aparecia la púrpura de la ardiente sangre española que corria en sus venas.

(Continuará.)

Establecimiento Tipográfico de Gonzalez.